

«Todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado.»

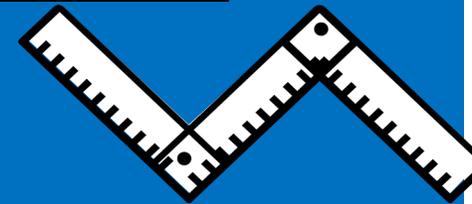
(Lc 14,11)



Lo primero a lo que Jesús nos invita es a que bajemos del "pedestal" de nuestro yo, para que en el centro no esté nuestro egoísmo sino Dios.



Él sí que puede ocupar
¡el puesto de honor
en nuestra vida!



Es importante darle espacio, para profundizar nuestra relación con Él y aprender Su estilo evangélico: la humildad.

Ponernos libremente en el último lugar es elegir el lugar que Dios mismo ha elegido, en Jesús.

El, aunque era el Señor, **ha elegido compartir** la condición humana, para anunciar el amor del Padre a todos.



¡La fuerza
del
perdón!

Un día en la escuela, durante una clase de economía y derecho, algunas de mis compañeras empezaron a jugar en lugar de escuchar a la profesora.

Como había estado enferma en casa la semana anterior, **me di la vuelta un momento** para hacerle una pregunta a una de estas compañeras.

En ese momento me vió la profesora, me pidió que le diera mi agenda de justificaciones y luego me mandó fuera de la clase diciendo que no podía soportar mi comportamiento.

Traté de explicarle por qué me di la vuelta, pero ella no quería escucharme.

La profesora llamó a mi padre y le habló delante de toda la clase diciendo que había faltado el respeto y que estaba jugando en lugar de escuchar durante la clase. **Me dio mucha vergüenza y me sentí humillada.**



Fue difícil para mí pero intenté aceptar esta injusticia.

Al día siguiente nos **llamaron al colegio** para hablar de lo que había sucedido.

Yo quería defenderme, pero sabía que la profesora no aceptaría mis explicaciones y que tendría que darle la razón. Así que le pedí disculpas.

Aunque no fue fácil porque era una injusticia, decidí perdonarla e inmediatamente sentí una sensación de paz dentro de mí.